



# LOS TXISTULARIS



La notable banda de "txistularis" de Rentería.

Con el transcurso del tiempo se altera en parte o en todo el aspecto de la vida; la perspectiva que se abre a nuestra vista cambia de matiz, y el horizonte que cubre nuestra mirada, no sabemos qué color va a adquirir dentro de doce meses.

Es el tiempo gran instrumento que transforma las cosas no sé si por arte de magia o por arte de la ley de la naturaleza.

Porque el tiempo es aquello que:

«Con las horas los días con los días los años volarán...» etc.

Y más:

«Allí donde el sepulcro que se cierra se abre una eternidad...» etc.

Y nuestra voluntad, soplo de la divina palabra, oro de la gracia celestial que rige a veces a manera de un leve suspiro que es aire y va al aire, de una leve lágrima que es agua y va al mar, de una leve dicha que trae el tiempo y va a la eternidad:

«Allí donde el sepulcro que se cierra se abre una eternidad...»

es decir, de las circunstancias que son el

tiempo, ese tiempo que ordena nuestros actos según sean o no favorables las mismas circunstancias que le acompañan, sométese también a esa ley de evolución por medio del riguroso espacio del tiempo.

Así, Lizaso, el genio del «txistu» hace cinco o seis años, tocaba su favorito instrumento con el arte que yo no sé definir, con el arte del instinto natural, con ese arte que Dios ha depositado en ese mismo instinto como un dón conque otros han brillado en la pintura, en la literatura, o sencillamente en la improvisación de una agudeza sutil que nuestros esportáneos «bertzolaris» lanzan con admiración del público agrupado ante su serena figura.

Este era sin duda hace cinco o seis años el arte del «txistulari» renteriano por excelencia, quien por la tenacidad de esa ya definida voluntad se ha revestido con la suprema indumentaria del arte.

Como todos los que caminan por el sendero del arte, habrá experimentado él las alternativas y secuelas que acosan por todas partes sin que en largo tiempo irradie de entre



las espesas brumas una luz que embargue el corazón de una pequeña esperanza o de una leve sonrisa que amortigüe las penas de la controversia entre la doble personalidad del artista: su propia sensibilidad y luego su sensibilidad como eco de la sensibilidad ajena.

Por fin llegó a imponerse el empeño del artista a fuerza de forjarse en el yunque del estudio y demostrar su aprovechamiento en rigurosos concursos, colmando por fin sus afanes de encumbramiento en aquel último concurso de Bilbao, a donde había acudido por todas partes un imponente auditorio con vehementes anhelos de conocer el progreso del txistu, que sin dejar de ser el clásico instrumento de los gorgeos y cabriolas que electriza a las "neskatillas" y parejas reunidas en la histórica aldea, se interna con aire de majestad en las más opulentas urbes y llena de cadencias sonoras de fusas aladas, de arpeggios incopiables, de silbos de mirlo ufano, el aposento de los suntuosos edificios y los tapizados salones de los palacios reales y el cálido recinto de los esculpidos frisos de Parthenón.

En Bilbao, en aquella efervescencia de fabricaciones, de industrias, de dinamismo, sonó el txistu cadencioso de Lizaso a quien sus compañeros de simetría artística le daban sombra y poesía genuinamente musical.

Ya no podeis soñar, muchachos (sin duda su corta edad les inspiraba la confianza de tutearles desde el primer momento) en el triunfo, les dice el vigilante, mientras llegaba su turno correspondiente, con cierta disimulada compasión: acaba de tocar la banda de Vitoria con asombrosa perfección.

"Egon lasai (les dice el impertérrito Lizaso a sus compañeros) jo ta kia atera bear ziegu". Eran estos los últimos que subían al magnífico kiosko del arenal recientemente instalado.

¿Qué ocurrió? La aclamación fué general, el jurado se sonreía de sorpresa y admiración y trocando el motivo de la aclamación en motivo de protesta, aquello se hubiera asemejado a una de esas tardes de fracaso taurino en que una monumental silba se impone en todo el ámbito del ruedo.

Los txistularis de Rentería así como entonces sabrán demostrar siempre a través de su rústica silueta su alma de artista al arrancar al txistu con sus encallecidas manos toda su variada gama de sonoridades maravillosas.

¿O es que no es artista el txistulari que es un perfecto ejecutante? ¿O es que por tratarse de un objeto prehistórico, a manera del euzkera, que junto al rico romance de Cervantes en nada desmerece, no ofrece su encanto y la garantía de un éxito al ser escuchado desde las butacas y palcos de los más aristocráticos teatros?

¡Ah! Dejad que la moda caprichosa permita alternar con el cautivador timbre del canto, con la armoniosa melodía del piano, con el celestial lamento del violín, la sonora policromía del venerado txistu que seguirá siendo al cabo de un siglo la joya más encantadora del vasco solariego a cuyo son tantas doncellas casaderas han soñado a las puestas del sol mientras oía sus melodías esperando la vuelta del amado a la puerta del caserío, el continuador de la raza pura, el homérico tañedor del txistu!

Día ocurrirá que el milenar txistu no consentirá que su agreste aislamiento y la pureza de su vibrante sonido, pinitos que se desgranar como una ferviente monotonía de una quejumbre que invoca a alguna deidad perdida en el silencio de nuestros bosques, sean profanados por la frivolidad de la moda y del modernismo desolador.

Tiene razón. ¡«Hermoso txistulari vasco, émulo de los pastores trashumantes, conductores y sugestionadores de los rebaños humanos; el alboro, la flauta, la chirola, la dulzaina, la cornamusa, no tienen para las grandes caminatas tu frescura y tus ecos misteriosos.

Quiera Dios que tu estirpe se prolongue hasta la consumación de los siglos, porque ello demostrará que contigo sobrevivirán el idioma, la fé y el caserío».

T. GARBIZU.



Este número ha sido visado por la previa censura